

TORRE  
Amarilla

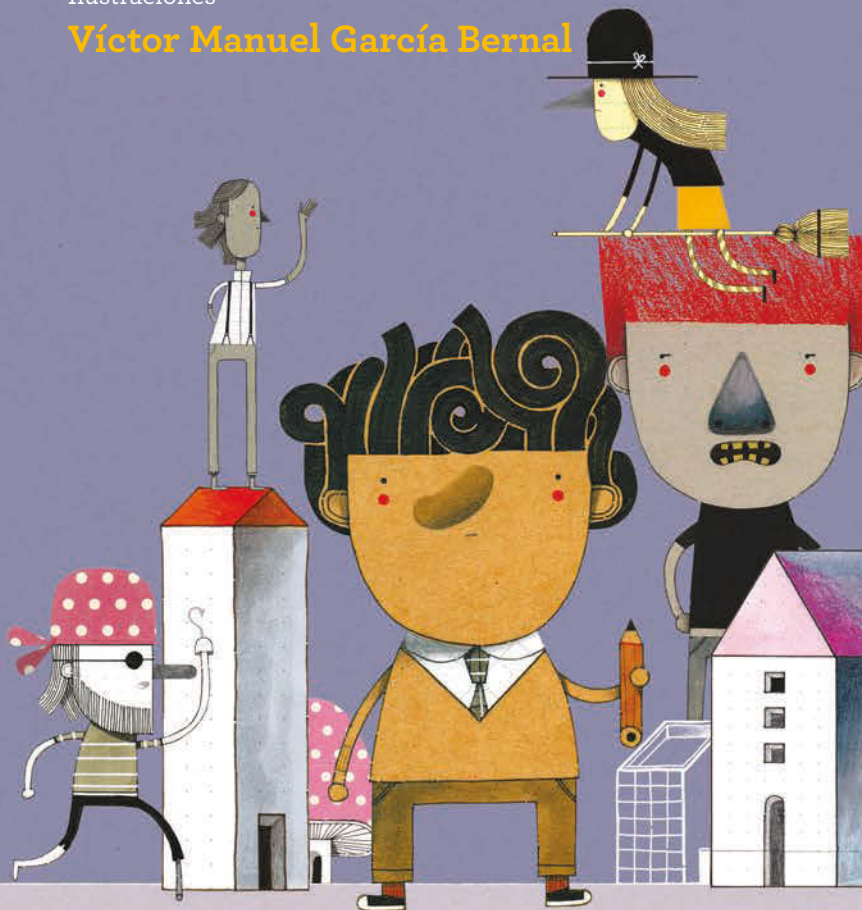
TORRE

# Había una vez un niño llamado Perico

## Toño Malpica

Ilustraciones

Víctor Manuel García Bernal



Había una vez un niño  
llamado Perico

D.R. © 2006, Toño Malpica  
D.R. © 2006, Norma Ediciones, S.A. de C.V.  
D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.  
Av. Río Mixcoac 274, piso 4.º, colonia Acacias,  
Delegación Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

\* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,  
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra  
sin permiso escrito de la editorial.

Primera edición, abril 2006  
Segunda edición: abril 2020

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Primera edición: Lorenza Estandía González Luna  
Coordinación editorial: J. Lizbeth Alvarado Mota  
Coordinación de diseño: Gustavo Rivas Romero  
Diagramación: Sandra Elena Ferrer Alarcón  
Ilustraciones: Víctor Manuel García Bernal

SAP: 61092867  
ISBN:978-607-13-1038-5



# Había una vez un niño llamado Perico

Toño Malpica

Ilustraciones

**Víctor Manuel García Bernal**

Norma

[mx.edicionesnorma.com](http://mx.edicionesnorma.com)



# Índice

Una gran imaginación .....	9
La fórmula mágica .....	19
Huck y su misión .....	25
Chofer de metro o domador de fieras .....	33
La partida .....	43
Había una vez .....	55
Aventuras .....	65
La fiesta con los gnomos y un reencuentro feliz	79
Perico vuela .....	89
Wendy y su secreto .....	99
La peor catástrofe .....	115
El verdadero nombre .....	125
El principio de todo .....	131
El Mundo Real .....	143
Resolviendo el misterio .....	155
La sorpresa .....	165
Todo es posible .....	177



*Una mañana de unas vacaciones de verano, cuando tenía más o menos la edad de Perico, una horrible certeza me acometió al levantarme de la cama: que ninguno de los personajes de los libros o de las películas que conocía “realmente” existía. De pronto comprendí que era imposible encontrármelos en la calle o llamarlos por teléfono o ir a visitarlos a su casa para pedirles un autógrafo. Estuve muy triste por varios días, tratando de asimilar el hecho de que jamás podría decirle a Pinocho lo bien que había actuado en su película, o mandarle una carta al Principito para contarle lo triste que se veía la última página de su libro sin él. Por eso este libro está dedicado a todos aquellos que, a partir de entonces, me han ayudado a creer que eso no es cierto. Este libro es para esos generosos hombres y mujeres que dieron vida a los mejores amigos de mi infancia y*



*con los que, afortunadamente, todavía converso todos los días. Y, también, este libro es para aquellos que siguen (con su pluma) añadiendo camaradas a mi lista.*

*Así que, en orden de ocurrencia y no de importancia, este libro, con enorme gratitud, es para:  
Conan Doyle, Twain, Barrie, Ende, St. Exupery, Cervantes, Pierrot, los Grimm, Salgari, Collodi, Verne, Stevenson, Wilde, Travers, Wells, Milne, Andersen, Holgerson, Esopo, Dahl, Stoker, Rowling, Tolkien, Hinojosa, Brozon, El Javo, Swift, Lindo, Le Guin, Pratchett, Carroll...*

*...por hacer mi infancia interminable.*

## Una gran imaginación

Todo comenzó la tarde en que Perico abrió la alacena, bajó un tarro grande de mostaza de uno de los estantes y luego cortó un plátano del racimo que se encontraba en el frutero. Sí. Todo se desencadenó a partir de ese momento. Porque si Perico no le hubiera untado la mostaza al banano y tampoco le hubiera dado una gran mordida con cara de satisfacción, nada de lo que se cuenta aquí hubiera pasado.

Pero vamos por partes.

Perico era un niño bajito, robusto (por no decir gordito), tenía la nariz respingada y el pelo negro ensortijado. Y aunque en muchos aspectos era idéntico a cualquier otro niño, al menos una cosa sí lo distinguía de los demás: tenía una imaginación tan grande como tal vez no ha existido otra

igual. Perico era capaz de sacar una historia de la nada y casi sin proponérselo: para él las sábanas de su cama bien podían representar las olas de un mar furioso o las dunas de un candente desierto; su cepillo de dientes podía ser una espada o un violín; las sillas, naves espaciales; los autos, tanques de guerra; los hombres, zombies o extraterrestres. Y todo esto, imaginado en una sola mañana.

Desde luego, una imaginación tan enorme como ésa solía ser motivo de preocupación para todas las personas mayores que tenían contacto con él. Todas... excepto su madre. Las tías, tíos y amigos de la señora Cervantes (la mamá de Perico), no cesaban de repetirle: “Hay que hacer algo con ese niño, que siempre está subido en una nube”. Pero ella, como si le entrara por una oreja y le saliera por la otra, sólo sonreía sin responder nada. Y es que la señora tenía el pequeño defecto de ser igual o aun más distraída que el mismo Perico. Se la pasaba con los ojos metidos en novelas de detectives. Cuando no estaba trabajando, se encontraba leyendo alguna historia llena de enigmas policíacos (la verdad es que estaba irremediabilmente enamorada de Sherlock Holmes, pero eso sólo lo sabían ella y la señora Amelia, su ama de llaves). Por supuesto, no resulta extraño que Perico desde pequeño se hubiera fabricado sus propios mundos, ya que tenía tan poco contacto con el mundo real. Su madre, que había enviudado muy joven, prácticamente no le dirigía la palabra de tan absorta que estaba siempre en su

trabajo o en su lectura; y esto, aunado a las diez mudanzas que habían realizado (una por cada año de vida de Perico, a causa del trabajo itinerante de la señora), ocasionó que el niño viviera más tiempo en sus fantasías que en la realidad.

De cualquier modo, ni la ausencia de su padre (a quien Perico no conocía más que por una foto muy vieja) ni, aun, la falta de hermanos eran razón para que Perico anhelara otra vida... simplemente porque no conocía otra mejor que la que llevaba. Y, a decir verdad, en ésta le iba muy bien, pese a todo lo que dijeran los mayores.

Era, pues, el final del verano. Y Perico debía entrar a una nueva escuela, conocer nuevos compañeros e iniciar un nuevo ciclo escolar. Recién había llegado a la Ciudad de México y aunque antes ya había estado en Monterrey, Chiapas, La Paz, Cancún, Saltillo, Zacatecas, Tamaulipas, Durango y Guanajuato, la ciudad le pareció fascinante desde el principio, probablemente porque podía fantasear mejor en un lugar en donde había tantas y tantas cosas. Para Perico la ciudad más grande del mundo no era otra cosa sino el patio de juegos más grande del mundo.

El primer lunes del mes de septiembre, día en que debían iniciar las labores del quinto grado en la Escuela Primaria Miguel de Unamuno, Perico, como de costumbre, se levantó tarde, aunque ya llevaba rato despierto. La señora Amelia, una viejita que ayudaba a su mamá desde que abandonaron Tamaulipas,

ya había empezado con la sesión acostumbrada de gritos que marcaban el regreso a clases.

—¡Perico! ¡Vas a llegar tarde el primer día! —dijo, a través del ruido de la licuadora en la que preparaba chocolate con huevo y azúcar.

—¡Han sonado las alarmas para desalojar la nave! ¡El famoso comandante sólo tiene veinte segundos antes de que estalle en mil pedazos!

Perico abandonó su cama antes de que ésta explotara. Y ya se dirigía a la cocina cuando...

—¡Perico! ¡Primero lávate la cara y vístete!

—Cambio de órdenes. Hay que portar el uniforme para pasar revista.

Se vistió y lavó con muy poco jabón.

—Esta guerra obliga al famoso soldado a economizar de todo.

—¡Prepara tus útiles, niño, pero rápido! —gritó la señora Amelia.

Perico ordenó su mochila, sus cuadernos, libros y lápices.

—El famoso explorador sabe que la expedición al Himalaya será ruda, por eso no debe olvidar nada.

—¡Vente a desayunar, niño, por Dios!

Y se sentó en la cocina, haciendo sonar en el piso sus zapatos nuevos con suela de goma.

—¡El famoso corredor de autos llega en primer lugar!

La señora Amelia no era de las personas mayores que se preocupaban por el modo de ser de

Perico. Ella sólo pensaba que estaba loco perdido y que no había nada que hacer por él.

—Ándale, niño, que ya faltan quince minutos para que suene la campana.

Perico terminó su chocolate y corrió a darle un beso a su mamá, quien todavía dormitaba. Como era su costumbre, no hubo palabras entre ellos; sólo una sonrisa. Perico corrió (o tal vez sea mejor decir que voló, pues todo el camino hizo sonido de hélices) hasta la escuela. Y como llegó en menos de diez minutos hizo con la boca ruido de aplausos, ante la mirada de otros niños que ya lo daban por deschavetado. Ingresó el muchacho a la escuela, que por ser de una construcción muy vieja, de inmediato tomó por castillo. “El famoso caballero deberá tener cuidado con los dragones”, se dijo, mientras buscaba el camino al salón correspondiente a los alumnos de quinto grado.

Entró al aula y se incorporó de inmediato. Escogió un pupitre en el fondo del salón, pues por experiencia sabía que le convenía más, ya que los maestros, a la distancia, no podían ver sus dibujos ni oír su parloteo. Se sentó y extrajo uno de sus cuadernos. Hasta ese momento no había reparado en ninguno de sus compañeros.

—Oye, gordo. Quítate. Ése es mi lugar.

Los problemas habían empezado pronto. Perico alzó la mirada y se enfrentó con un muchacho que parecía mucho mayor que todos los demás. Tenía

los ojos y los dientes amarillos. Y el cabello rojo como una zanahoria.

—Dije que te quites, gordo.

Perico se movió al pupitre contiguo. El muchacho lo siguió.

—Ése también es mi lugar. Quítate.

En ese momento llegó la profesora Zárate, una señora tan delgada que parecía una flauta. Dio varios reglazos contra la palma de su mano y, empujándose los lentes, llamó a los niños al orden.

—¡Atención! ¡Atención!

De inmediato todos los niños corrieron a su lugar. Afortunadamente nadie ocupó el lugar de Perico, ni siquiera el niño de los ojos amarillos. Al unísono, los alumnos, todos erguidos, corearon: “Bueeeenos díaaaaas, maeestra Zááárate”. Perico ya sabía que en algunas escuelas se acostumbraba esto del saludo a voces al entrar un maestro al salón. Por eso no dudó en unirse al coro enseguida.

La maestra les dio permiso de sentarse y, después de dar un par de vueltas frente al pizarrón, con los ojos puestos en la clase, habló.

—Tenemos un nuevo compañero.

Todas las miradas se dirigieron al final del salón y se posaron sobre Perico. “Te hablan, gordo”, dijo el muchacho del pelo encendido, que se había sentado a su lado.

—A ver, compañero —dijo la maestra—, por favor, pase al frente y preséntese.

Perico se encaminó a lo largo del salón hasta quedar de espaldas al pizarrón. “El famoso científico se prepara para dar una conferencia acerca de su gran descubrimiento”.

—¿Cómo se llama? —preguntó la maestra.

—Perico Cervantes García.

Se desató una gran algarabía. Todos los niños rieron a carcajadas. Y no faltó el que hiciera el sonido de un loro.

Siempre le pasaba. Cada ciclo escolar olvidaba decir Pedro Cervantes García, en vez de Perico Cervantes García. Siempre le pasaba. Y todos los cursos era lo mismo: las risas y luego la explicación.

—¡Silencio! —gritó la maestra—. ¿Cómo está eso, compañero? Explíquese, por favor.

La maestra Zárate insistía en hablarle de usted a todos los niños. Y no era su única práctica pasada de moda al impartir su clase. Hasta el peinado de chongo y los anteojos de armazón que llevaba: toda una profesora chapada a la antigua (con todo, ella creía ser muy moderna, sólo porque no pasaba lista al inicio de las clases y porque los viernes los dejaba salir media hora antes al recreo).

—Es que así me dice mi mamá —respondió Perico—. Pero en realidad me llamo Pedro Cervantes García. Pedro como mi abuelo, que era de España y le decían Perico.

Más risas y más ruidos de loro. Pero Perico pudo regresar a su pupitre sin mayor problema y en toda la mañana nadie se volvió a acordar del incidente.



A excepción, claro, del muchacho a su lado, que no cesaba de decir cosas como: “Perico, toca la marcha, tututututu...”, cuando la maestra se encontraba distraída.

Llegó el recreo y Perico fue de los primeros en salir al patio. Quería conocer la escuela completa y se dio a la tarea, de inmediato, de recorrerla toda. Descubrió varios jardines y plazuelas, un par de fuentes, dos canchas de cemento para jugar voleibol, una de tierra para jugar futbol, un par de buhardillas y un almacén abandonado en la parte trasera del colegio. En cuanto terminó su recorrido, se le unieron dos compañeros.

—Oye, Perico... ¿juegas futbol?

Perico se unió al grupo de siete muchachos para formar dos equipos de cuatro. Y no tardó en volver a provocar la risa de sus compañeros, pues durante todo el juego se la pasó narrando el partido. “El famoso futbolista brasileño ha anotado el gol para la Copa del Mundo”.

Así que podemos decir que todo fue bien ese primer día de clases. Bien dentro de lo que cabe.